

mis dos compañeros á que llevasen también cota de malla, confiando especialmente en Pagolo que nunca se la quitaba en Roma. Era además Viérnes Santo, día en que los locos deben dar tregua á su locura.

»Cuando llegamos á la puerta reconocí á mi hombre porque me habían dicho que era tuerto; y adelantando solo para hablarle:—Maestro, le dije, ruégome que me devolvais la silla y los estribos, porque ningún daño he hecho á vuestro caballo. Contestóme tan brutalmente, que le dije:—No sois cristiano, por lo visto, puesto que queréis perjudicarme hasta en Viérnes Santo. «Lo mismo me importa que sea Viérnes Santo que viérnes del diablo. Si no os marcháis, ¿veis esta pica y este arcabuz? pues sois hombre muerto.»

»Estas palabras llamaron la atención á un caballero anciano que venía de la iglesia, y que, apoyando mis razones, le afeó su mala conducta con un extranjero, y sus blasfemias. Sus dos hijos entraron entonces en la casa sin decir palabra; mas el padre, furioso con las reconvenciones del anciano, bajó la pica, jurando que iba á matarme. Viendo su intención, me separé un poco enseñándole la boca del arcabuz para mantenerle á distancia. Arrojóse entonces sobre mí más furioso que antes, cuando mi arcabuz, que mantenía algo levantado, se disparó por sí solo, y la bala, chocando en el arco de la puerta, rebotó sobre su cabeza derribándolo al suelo.

»Al ruido acudieron sus hijos, uno con una horqueta y el otro con la pica de su padre, arrojándose éste sobre Pagolo y el otro sobre un milanés que nos acompañaba y que se defendía gritando que nada tenía que ver en la pendencia, lo cual no le

impidió recibir un golpe que le rasgó la boca. Yo había picado al caballo para volver al combate una vez cargado el arcabuz, decidido á hacerme matar para vengar á mis compañeros, que creía muertos; pero les ví venir diciéndome Ascanio, que llegó el primero, que Pagolo estaba mortalmente herido. «¿Acaso, le pregunté, no llevaba la cota de malla?—La había dejado en la maleta, me contestó.—¡Desgraciado Pagolo, exclamé entonces; no la llevabas más que para echarla de guapo mozo en Roma, y te la quitabas cuando te era más necesaria! ¡Voy á morir por tu necedad!» Pero en el acto supe por el milanés herido, que el golpe dirigido á Pagolo no había hecho más que arañarle la piel; que el maestro de postas estaba muerto, y que sus hijos se preparaban á vengarle; y me suplicaron que no comenzase otra vez la lucha, porque sucumbiría en ella. Puesto que estais contentos, les dije, yo lo estoy también; adelante, piquemos los caballos y lleguemos á Staggia, donde nos encontraremos en seguridad.

## XVIII.

Llegado á Fontainebleau, el Cardenal de Ferrara lo presentó á Francisco I.

Veamos en qué estado encontraba la corte. El amor por la Duquesa de Etampes dominaba al Rey.

Ana de Pisseleu, duquesa de Etampes, llamada antes señorita d'Heilly, querida de Francisco I, nacida hacia 1508, era azafata de Luisa de Saboya, duquesa de Angulema, madre de Francisco I, y tenía diez y ocho años cuando este Príncipe se enamoró perdidamente de ella. Casóla con un tal

Juan de Brose y le dió el condado de Etampes, que despues erigió en ducado para ella.

La Duquesa dominó á Francisco I durante veintidos años; perturbó la corte é introdujo la discordia en la familia real, por su edio á Diana de Poitiers, querida del Delfin. Haciendo traicion al Rey, favoreció, revelando secretos de Estado, los triunfos de Carlos V y de Enrique VIII, con propósito de humillar al Delfin, encargado de combatirles, é hizo firmar á Francisco I el vergonzoso tratado de Crespy.

Gustaba de las artes y los artistas tanto como los favorecia su real amante.

Hé aquí el relato de la primera audiencia que concedió Francisco I á Benvenuto.

«El Cardenal informó en seguida al Rey de mi llegada, y el Rey quiso verme en el acto. Presentéme ante S. M. con la palancana y el jarro de plata y le besé las rodillas. Recibiéme con suma bondad, y yo le di gracias por haberme sacado de la prision, diciéndole que era digno de un gran Monarca como él proteger la inocencia, y que sus beneficios estaban escritos en el cielo y en el corazon de todos los hombres honrados.

»Aquel excelente Príncipe me escuchó con suma atencion, contestándome con palabras benévolas y dignas de él. En seguida cogió los dos vasos, diciendo que no creía hubiesen hecho nunca los antiguos nada tan hermoso, y que sobrepujaba á cuanto habia visto de raro en Italia. Hablaba en frances con el Cardenal, y volviéndose hácia mí, me dijo en italiano: «Descansad, Benvenuto, y divertíos durante algunos días. Pensaré en ocuparos.»

Pocos dias despues, y á instancias del Cardenal, el Rey ofreció á Benvenuto la módica pensión de 300 escudos anuales. Indignado por esta pobreza,

Benvenuto se preparó secretamente para marchar. Súpolo el Cardenal, le mandó llamar y le ofreció, do parte del Rey, igual pensión que habia asignado á Leonardo de Vinci, cien escudos de oro al año, y además el valor de todos los trabajos que se le encargasen para la corte. A la mañana siguiente le llamó Francisco I y le encargó doce candelabros de plata para su mesa, representando seis dioses y seis diosas. Dióle para taller el palacio pequeño de Nesle, terreno que más adelante ocupó el palacio del cardenal Mazarino, hoy Academia Francesa. El Sr. de Villebon, que ocupaba aquel palacio, declaró que se oponia á la ocupacion, y Benvenuto acudió en queja al Rey. Éste habia olvidado su cara, y le preguntó: «¿Quién sois?—Benvenuto, le contesté.—Si sois ese Benvenuto de quien tantas cosas he oido referir, añadió, obrad segun vuestra costumbre; os doy plena licencia.—Bástame conservar el favor de V. M., le respondí; por lo demás nada temo.—Pues bien, marchad, me contestó sonriendo; no os faltará.»

»En seguida mandó á un secretario, llamado M. de Villeroy (1), que proveyese á todas mis necesidades. Este secretario era íntimo amigo del preboste, á quien pertenecía el Pequeño Nesle, mansion que era una especie de castillo antiguo que tocaba á las murallas de Paris, bastante grande y de forma triangular. Ni un solo soldado lo guardaba, y el señor de Villeroy me aconsejó que buscasse otro alojamiento, porque el preboste era hombre poderoso que cualquier dia mandaria matarme. He venido de Italia á Francia, le contesté, para servir á un gran

(1) Nicolás de Villeroy, señor de Villeroy, secretario de Hacienda.

príncipe, y no temo morir, porque tarde ó temprano he de hacerlo.

»El señor de Villeroy tenía mucho talento; era muy rico y admirable en todo, pero enemigo mío en secreto. Puso á mi lado á un tal Marmagne, tesorero de la provincia de Languedoc, y lo primero que hizo este hombre fué buscar en la casa la habitacion más cómoda y apoderarse de ella. En vano le repetí que el Rey me había dado aquella casa para mí y los míos, y que no quería tener allí á nadie más: aquel hombre era allivo, audaz y violento; contestóme que haría lo que le agradase, y que era dar cabezadas contra la pared tratar de oponerse á él y al señor de Villeroy. Repliquéle que el Rey era más poderoso que el señor de Villeroy, y que él mismo me había dado aquella casa.

»Furioso entónces, díjome mil injurias en frances, á las que contesté en italiano; y viendo que ponía mano á la daga, que era muy corta, saqué yo la mía mucho más larga, y que no me abandonaba jamás; díjele que era muerto si se movía. Marmagne tenía á su lado dos criados y yo á mis dos jóvenes.

»Arrojaos, les dije, sobre esos dos tunantes; matadles, si podeis, y cuando yo haya muerto á su amo, partiremos. Viendo éste mi decision, se creyó afortunado escapando con vida. En el acto escribí al Cardenal lo que acababa de ocurrir, refiriéndoselo esto al Rey, que lo sintió mucho y me recomendó al Conde d'Orbe, que tuvo conmigo todo linaje de atenciones.»

Tal era la anarquía feudal que reinaba entónces en la administracion.

«Los favores del Rey hacian que me considerase todo el mundo. Recibí la plata que necesitaba para mis estatuas, y comencé por la de Júpiter, que es-

taba ya bastante avanzada cuando el Rey regresó á Paris. En cuanto me vió me preguntó si podia enseñarle algo de mi taller, porque deseaba visitarlo. Habiéndole dicho que sí, aquel mismo dia, despues de comer, vino Su Majestad acompañado por la señora de Etampes, el Rey y la Reina de Navarra, su hermana, Monseñor el Delfin, madama la Delfina, el Cardenal de Lorena, en fin, todo lo más elevado de la corte. Trabajando estaba yo cuando llegó el Rey, y di orden de que todo el mundo permaneciese en su sitio. Encontróme con una placa grande de plata en la mano para el cuerpo de mi Júpiter; otro estaba haciendo una pierna, otro la cabeza; de suerte que reinaba espantoso ruido en el taller. En aquel momento acababa yo de dar un puntapié á un muchacho frances que había hecho una diablura y que corrió á guarecerse entre las piernas del Rey, cosa que le hizo reir mucho. Su Majestad me preguntó qué hacía, mandó que continuase, añadiendo que hiciese las cosas á mi gusto, y que me cuidase, porque quería hacerme trabajar por mucho tiempo. Contestéle que enfermariá si no trabajase, sobre todo en lo que deseaba hacer para él. Creyó el Rey que solamente trataba de dirigirle un cumplimiento, y recomendó al Cardenal de Lorena que me repitiese lo que había dicho; pero le di buenas razones, que le tradujeron, y se marchó con su comitiva.

»Difícilmente podria expresar las bondades que me dispensó el Rey. Pocos dias despues mandó llamarme, encontrándole con el Cardenal de Ferrara, que comia con él, estando ya en el segundo servicio. Acerquémeme y habló mucho conmigo, diciéndome que deseaba un hermoso salero, caja que contenia la sal y las servilletas destinadas al Rey, para que hiciese juego con los vasos que el señor

Cardenal le había regalado, y que le presentase el diseño todo lo más pronto posible. Vuestra Majestad lo tendrá en seguida si se digna concederme un cuarto de hora. (Hacia mucho tiempo que tenía hecho el diseño esperando ejecutarlo algún día para el Cardenal). Asombrado el Rey, se volvió hacia el de Navarra y los Cardenales de Lorena y de Ferrara, exclamando: «Benvenuto es verdaderamente hombre admirable y digno de que le quieran y deseen cuantos le conocen.» Luego me dijo que vería con sumo gusto mi dibujo. En seguida partí, lo busqué y añadí el modelo en cera. Al verlos exclamó el Rey: «¡Este trabajo es más que divino! ¡Este hombre no ha descansado jamás!» Y mirándome con satisfacción me encargó le hiciese el salero.

»El Cardenal de Ferrara me miró para darme á entender que conocía aquel modelo, porque yo había añadido al Rey que lo haría para el que debía tenerlo, como para vengarme de las vanas promesas del Cardenal; y el dijo al Rey, como para vengarse también: «Señor, grande empresa es la que encargais á Benvenuto, y no llegará á terminarla. Estos grandes hombres del arte se prometen más de lo que pueden hacer.» El Rey le contestó que si se pensase siempre en la terminación de las obras, no se emprendería ninguna. Razon teneis, Señor, me atrevi á decir; los príncipes que, como Vuestra Magstad, saben alentar á los que les sirven, nunca encuentran en ellos nada imposible; y puesto que Dios me ha dado tan excelente amo en vos, espero terminar cuanto me habeis encargado. «Yo también lo creo,» dijo el Rey levantándose de la mesa. En seguida me llevó á su cámara y me preguntó qué cantidad de oro necesaria para el salero. Mil escudos, le contesté. En el acto llamó á su tesorero, el señor

de Orbec, y le mandó que me los diese antiguos y de buen peso.

»Despidiéndome del Rey, repasé el Sena; tomé en casa, en vez de saco, una bolsa que me había dado en Florencia una religiosa parienta mía, y como aun era temprano, marché solo á casa del tesorero que debía darme los mil ducados de oro. Encontré ocupado en elegirlos, y lo hacía con tal lentitud que cerró la noche ántes de que me los entregase. Sospechando en esto alguna traición, tuve la prudencia de mandar decir á algunos operarios míos que vinieran á acompañarme. Como no los veía, pregunté si les habían avisado, asegurándome un tunante de lacayo que él había llevado el aviso, pero que no querían venir, y que si yo lo deseaba, él mismo llevaría el dinero. No, le contesté, lo llevaré yo.

»Cuando hube dado recibo en forma partí, llevando la bolsa sólidamente atada al brazo izquierdo. Iba armado y llevaba la cota de malla. Había observado que algunos lacayos cuchicheaban y que habían salido al mismo tiempo que yo tomando por una calle opuesta. Por esta razón crucé con rapidez el puente del Cambio y seguí la orilla del Sena en dirección á mi casa. Cuando me encontré delante de los Agustinos (1), paraje muy peligroso, aun distaba demasiado de mi casa para que pudiesen oírme y acudir en mi socorro. Allí precisamente me atacaron cuatro hombres, espada en mano. Envolvime rápidamente con la capa el brazo en que tenía atada la bolsa y desenvainé la mía.

Con un soldado, les dije cuando más me estrecha-

(1) Los grandes Agustinos, donde en la actualidad se encuentra el mercado de aves. Cellini tenía que pasar necesariamente por allí, para ir desde el puente del Cambio al Pequeño Nese.

ban, solamente se gana la capa y la espada, y yo os las venderé caras. Pero comprendí claramente que estaban aleccionados por los lacayos que habian visto entregarme el dinero. Como me defendia enérgicamente, poco á poco se retiraron, diciendo en frances: «Es un valiente italiano y no el que buscamos, porque no lleva nada consigo.» En fin, como creyeron que no podian ganar más que estocadas, y yo no las economizaba, se limitaron á marchar lentamente detras de mí. Aceleré entónces el paso, porque temia alguna otra emboscada, y viéndome cerca de casa, comencé á gritar: «¡A las armas! ¡á las armas! ¡quieren asesinarme!» Cuatro operarios acudieron con picas y quisieron perseguir á los bandidos, pero les detuve diciéndoles: Dejadme guardar este dinero que me desarticula el brazo, y en seguida caeremos sobre esos cuatro cobardes que no han podido robarme. En cuanto entré me rodearon todos, reconviniéndome porque confiaba demasiado en mí mismo, y añadiendo que algun dia me asesinarían. En fin, despues de mucha conversacion y no pocas bromas, cenamos tan alegremente como si me hubiese ocurrido algo bueno. Verdad es que dice el proverbio que tanto va el cántaro á la fuente que al fin se rompe; pero las desgracias no ocurren nunca de la misma manera.»

## XIX.

Benvenuto se entregó entónces completamente á su genio y carácter. Concluyó la estatua de Júpiter de tamaño natural, la de Marte y multitud de obras maestras para la Duquesa d'Etampes y para sus amigos de Italia. Su situacion era excelente; el Rey

le distinguia creyendo haber arrebatado su lustro á Italia con Leonardo de Vinci y Benvenuto, fijándolos en su reino de Francia. A su regreso de la jornada de verano, envióle cartas de naturalizacion y le visitó en el palacio de Nesle, maravillándose y no pudiendo comprender cómo habia podido terminar ó bosquejar tantas obras en tan pocos meses.

«Durante la conversacion, dice Benvenuto, hablóse de Fontainebleau, indicando la Duquesa d'Etampes al Rey que debia encargarme algo para aquel magnífico palacio. «Razon teneis,» contestó el Rey; y me consultó en el acto acerca de lo que podríamos imaginar para aquel delicioso sitio. Manifestéle mi parecer, él me dijo el suyo, añadiendo que iba á pasar quince ó veinte dias en Saint-Germain; que durante este tiempo le hiciese el dibujo más hermoso que pudiera imaginar para adorno de aquel palacio que era lo que más le agradaba en su reino, y que me rogaba desplegase toda mi imaginacion y talento. Dirigiéndose en seguida á la señora d'Etampes: «No he visto nunca hombre que me sea más agradable y que mejor merezca recompensa. Aunque le hablo con frecuencia, nunca me pide nada; sólo piensa en su trabajo: por esta razon quiero fijarlo en París á fuerza de favores.» La señora d'Etampes dijo que cuidaria de recordarlo á S. M., y se marcharon.»

## XX.

El obrero habia llegado á ser supremo artista. Era evidente que su genio aspiraba á igualarse con la fortuna de su protector, y que los grandiosos

laureles de Miguel Angel le quitaban el sueño. Entonces concibió el monumento colosal de la estatua de Marte, representando á Francisco I. El Rey quedó encantado; pero la Duquesa d'Etampes, disgustada por la preferencia otorgada al Rey, le irritó contra Benvenuto. «Ese hombre, le dijo el Rey, se ha apoderado verdaderamente de mi corazón. Amigo mío, dijo golpeándole en el hombro, no sé quién es más afortunado, si el príncipe que encuentra un hombre, ó el hombre que encuentra un príncipe.»

A petición de la Duquesa d'Etampes, el Rey hizo venir de Bolonia á Fontainebleau, su residencia habitual, al célebre pintor Primático, para encargarle la galería del palacio, y Benvenuto se indignó por la preferencia, que deseaba acaparar para sus obras. Un proceso escandaloso que le intentaron por venganza, so pretexto de infames amores, de que ya le habían acusado en Italia, le encolerizó en tales términos, que, habiéndolo ganado, se vengó á puñaladas de sus acusadores y les hizo arrepentir cruelmente de sus verdaderas ó falsas delaciones.

Terminado el Júpiter, quiso verlo el Rey, y Benvenuto hizo llevar la estatua á Fontainebleau. Francisco I y toda la corte quedaron estupefactos de admiración. En vano trató de rebajar su mérito la señora d'Etampes. «¿Qué valen estas cosas, dijo, en comparación de las obras de la antigüedad, que ni siquiera mirais? ¡Ah! si viésemos esta estatua en pleno día, no nos parecería tan hermosa, y además la han cubierto con un velo para ocultar sus defectos.»

«Verdad era que le había colocado yo un velo para darle mayor majestad y para presentarla con más decencia ante las damas de la corte, dice Benvenuto; pero movido por el despecho, lo rasgué é hice ver á

mi Júpiter en toda su hermosa desnudez. La señora d'Etampes creyó que lo había hecho por desprecio á ella; encendiósele el rostro en cólera, y no pudiendo yo contenerme, quise hablar; pero conociéndolo el Rey, me cortó la palabra, diciendo: «Callad, y ganareis mucho más de lo que pensais.» Obligado á guardar silencio, me retorcia las manos, y la señora d'Etampes estaba igualmente furiosa. Esto dió ocasión á que el Rey se marchase mucho más pronto de lo que hubiese querido, diciendo en alta voz: «He quitado á Italia el hombre más hábil que existió jamás.»

»Dejé mi Júpiter en su sitio y marché á Paris, despues de recibir mil escudos de oro, parte por la pension y parte por los adelantos que había hecho. Tan contento estaba, que despues de comer reparti á mis compañeros de trabajo todos mis vestidos de finas pieles y hermosas telas, recibiendo cada cual una parte segun su mérito, y tampoco olvidé á los criados y mozos de cuadra. Quería yo estimularles para que en todo me sirvieran bien.

»Cobrando nuevo valor, me dediqué á mi coloso, que era la estatua de Marte, cuya armadura estaba formada de trozos de madera ingeniosamente entrelazados y cubiertos de yeso. Referiré una anécdota á que dió lugar esta estatua. Había prohibido á mis operarios que llevasen muchachas á casa, pero la órden no se cumplía bien. Ascanio estaba enamorado de una jóven muy bonita que le correspondía, y una noche escapó de casa de sus padres, vino á buscarle y no quiso volver á su hogar. No sabiendo Ascanio qué hacer, le arregló con mucha habilidad una cama en la cabeza de la estatua, y de noche la hacía salir. Como la cabeza estaba muy adelantada, la había descubierto, con algo de vanidad para que

la viese el público. Los vecinos subían á los tejados para contemplarla. Como hacía mucho tiempo corría el rumor de que un duende que yo no había visto ni oído habitaba aquel antiguo palacio, y como la muchacha que estaba acostada en la cabeza la movía de tiempo en tiempo, el estúpido pueblo decía que el duende se había apoderado ya de aquella colosal figura y que le hacía mover los ojos y la boca como si quisiera hablar: unos se asustaban, y otros, más astutos, se esforzaban en hacerlo creer, aunque ignoraban que existía en aquella cabeza un verdadero duende.»

## XXI.

Por instigación de la señora d' Etampes, el Rey le reconyino porque perdía el tiempo y su talento en hacer para otros vasos, saleros y diferentes objetos, descuidando los grandes trabajos que le tenía encomendados. La señora d' Etampes aconsejó riendo al Rey que mandase ahorcarlo, diciendo que lo había merecido.

## XXI.

Versátil y disgustado Benvenuto, dejó su palacio y talleres de Paris á Ascanio, y partió para Italia, pasando por Piacenza, donde le reconoció Pier Luigi, y poniendo á mal tiempo buena cara, fué á verle.

«Encontréle, dice, sentado á la mesa con los Landi, que le asesinaron despues.»

Pier Luigi le pidió perdón por las persecuciones

de que le hizo objeto en Roma, y le propuso que se quedase en Ferrara para trabajar en el embellecimiento de la ciudad.

«Admiremos la justicia de Dios, que nada deja sin castigar en la tierra, exclama Cellini. Aquel hombre me pedía perdón delante de los que poco despues me vengaron á mí y á tantos otros que habían sido asesinados por él. Que ningun mortal por grande que sea confie jamás en la impunidad de sus crímenes. Igual justicia se hará á muchos que me han perseguido. Y no me arranca la vanidad estas tristes reflexiones, sino que las hago para dar gracias á Dios, cuya poderosa proteccion nunca me ha faltado; porque siempre he acudido á Él en medio de mis angustias.»

Esta mezcla de maldad y sincera devoción da á aquel tiempo pintoresco carácter moral que en nadie brilla tanto como en este ingenuo malvado.

## XXIII.

Desde Ferrara marchó Benvenuto á Florencia. Era entónces gran duque Cosme de Médicis, quien le recibió en Poggio, magnífica villa á pocas millas de la capital, encargándole una obra de escultura para la decoracion que estaba haciendo de la *Loggia dei Lanzi* situada en la plaza del Gobierno, especie de anfiteatro cubierto, pero al aire libre, donde exponía á perpetuidad los obras inmortales de los artistas toscanos para admiracion y gloria del pueblo.

Esta fué la obra maestra de Benvenuto. La esposa de Cosme le dió mil disgustos por un diamante que queria hacer comprar á su marido y que Benvenuto despreciaba; al fin, para distraerse hizo un

viaje de artista á Venecia. Su objeto principal era ver allí al Ticiano y al famoso Sansovino, escultor florentino al servicio de la Señoría, recibíendole los dos como compatriota y amigo. Habiendo encontrado á Lorencino, el ministro del duque Alejandro, en compañía de algunos republicanos proscritos, aconsejaronle que volviese á Francia, en vez de honrar con sus obras al tirano de su patria. Separóse de ellos sin contestarles, siendo á sus ojos los enemigos políticos feroces falsarios.

De allí volvió á Florencia á terminar su *Perseo* que fué en adelante la obra de su vida. Había tomado por tipo de su héroe mitológico el momento en que levanta en la mano la cabeza de Medusa que acaba de cortar, y apoya el pié derecho en el ensangrentado tronco, palpitante aún.

Citaremos aquí, como hemos citado en nuestra biografía de Bernardo de Palissy, el trabajo y ansiedad de Benvenuto en la fundición en bronce de aquella obra divina. ¡Cuántas veces, ántes de conocer la vida y procedimientos de Benvenuto Cellini, nos hemos parado en Florencia, ante la *Loggia dei Lanzi*, para contemplar este milagro del genio humano! Allí se encuentran, fundidas en la misma expresión, la belleza, la cólera y la victoria de la venganza. Cosme quedó encantado, y el pueblo toscano la contó desde el primer día en el rango de las obras que no tienen igual.

Hé aquí en qué términos refiere los febriles esfuerzos que le costó la fundición del *Perseo*: parece que se presencia la germinación de la vida.

## XXIV.

«El éxito que habia obtenido en la fundición de mi *Medusa* debía hacerme creer que triunfaria también en la de *Perseo*, cuyo modelo estaba terminado y revestido de cera; mas el Duque, despues de admirarlo, bien que le hubiesen prevenido mis enemigos, bien que lo imaginase él mismo, me dijo un día: «Benvenuto, no creo que podais fundir en bronce vuestro *Perseo*: el arte no os lo permite.» Disgustáronme estas palabras, y le contesté: «Veo, Monseñor, que confiais poco en mí y que dais demasiado crédito á lo que os dicen, porque no entendeis de esto.—Creo que sí entiendo, me replicó, y que entiendo bastante.—Sí, Monseñor, pero no como artista; porque deberíais confiar en mí, despues de la cabeza de bronce que he hecho, despues del *Ganimedes* que he restaurado, y que me ha costado más trabajo que si lo hubiese hecho nuevo, y despues de la estatua de *Medusa* que teneis ante los ojos y que es obra sin ejemplo. Sabed, Monseñor, que todos los grandes trabajos que he realizado para el rey Francisco I han sido coronados por completo éxito; pero aquel príncipe me animaba con los medios que ponía á mi disposición y con el número de obreros que me proporcionaba. Haga lo mismo Monseñor, procúreme auxilios, y seguro estoy de ofrecerle una obra digna de él; pero no me da para terminarla ni dinero ni valor.» Mientras hablaba de esta manera, el Duque se volvía de un lado á otro como si me escuchase con disgusto, y yo me afligia pensando en la magnífica posición que habia dejado en Francia. «¿Pero cómo ha de conseguirse, Benve-



nuto, me dijo, que quede fundida la cabeza de Medusa que tan alta está en la mano de Perseo?— Ya veis, Señor, que no comprendéis las dificultades. Si Monseñor tuviese conocimientos del arte, nada temería por la cabeza, sino por el pié derecho de Perseo, que está muy léjos del otro y al que costará mucho trabajo hacer llegar el metal.» Al oírme, se volvió el Duque algo encolerizado hácia los señores que estaban presentes y les dijo: «Creo que este Benvenuto se ha empeñado en contrariarme en todo. Quisiera saber qué razones puede darme para convencerme y tener paciencia para escucharlas.— lle aquí mis razones, dije, y Monseñor las comprenderá fácilmente.» Y se las expliqué con toda la claridad posible, omitiéndolas aquí en gracia de la brevedad. Despues de escucharme, se alejó moviendo la cabeza.

»Procuraba yo dominar mis disgustos y cobrar valor, á pesar de los recuerdos de Francia, donde había encontrado más socorros que en Florencia, mi patria, y que en el fondo, solamente había abandonado por acudir en socorro de mi pobre familia. Esperaba que si triunfaba en mi *Perseo*, todos mis disgustos se trocarían en gloria y satisfacciones. Hice, pues, acopio de buena leña de pino; revestí la estatua de tierra conveniente y la sujeté con excelente herraje; en fin, lo preparé todo para fundirla. En seguida mandé abrir la fosa, á la que la hice llevar con todas las precauciones posibles, y segun las reglas del arte y las que me dictaban mi experiencia y mi imaginación; y cuando hube dado todas las instrucciones necesarias á los operarios, me dirigí al horno que había hecho llenar de cobre y estaño con las proporciones convenientes. Hice prender fuego, que yo mismo dirigí con mil fati-

gas, viéndome contrariado por el viento y la lluvia que venían del lado del jardín y que enfriaban el horno. Obligado á luchar con tantos obstáculos imprevistos, mis fuerzas no pudieron resistir, invadiéndome terrible fiebre, que me obligó á ir desesperado á arrojarme en la cama, despues de repetir las instrucciones á los operarios, que eran diez, y sobre todo á Bernardino, mi primer oficial, á quien le dije:—Observa bien todo lo que te he mandado hacer, porque me siento mal como nunca he estado; creo que voy á morir. Entre tanto comed, bebed y preparaos para este gran trabajo.—Poco tiempo despues, un hombre acongojado, pálido y temblando como si le llevasen al suplicio, vino á decirme: «¡Oh, desgraciado Benvenuto! ¡Todo se ha perdido! ¡Ya no hay remedio!» Al escucharle lancé tremendo grito, salté del lecho y me vestí. Nadie podía acercarse, porque caía sobre él con piés y manos y me desolaba diciendo:—Aquí hay traicion, pero la descubriré, y ántes de morir, sabré vengarme.—En seguida corrí al taller, donde ví á todos los operarios consternados.—Escuchadme, les dije; y puesto que no habeis querido seguir mis consejos, obedecedme sin hablar palabra ahora que estoy con vosotros.—Al oírme, replicó un maestro fundidor llamado Alejandro Lastricati que queria yo hacer una cosa imposible. Tanto me enfureció aquella respuesta, que todos se intimidaron y me dijeron: «Mandad y os obedeceremos.» Hablabanme así porque me creían medio muerto. En seguida reconocí el horno, en el que el metal había formado una especie de pasta; pero mandé traer leña de encina que produce fuego más intenso que la otra; llené el fogon y pronto ví que se ablandaba la pasta. Al verlo tambien los trabajadores, se animaron y me obedecieron

con más ardor. Hice echar en el horno cerca de sesenta libras más de estaño, que á fuerza de fuego y de movimiento licuaron muy pronto toda la masa. Este resultado me resucitó. Ya no pensaba en la fiebre, ni en mi temor de morir, cuando de pronto oímos una explosion que á todos nos asustó, y á mi más que á los demas. El metal se levantaba y extendia. Inmediatamente hice abrir los canales que debian llevarlo al molde, y viendo que corria con mucha lentitud, mandé traer todos mis platos, fuentes, vasijas y escudillas que eran de estaño, en número de doscientos próximamente, y los fui echando en el horno. Cuando los operarios vieron salir el bronce con facilidad, saltaron de alegría y me obedecieron con más entusiasmo; yo, arrodillándome, exclamé:—¡Gran Dios, que resucitasteis y subisteis al cielo, haced que el molde se llene pronto!—Así sucedió, y dí mil gracias al Señor. En seguida me senté ante un gran plato que me habian servido sobre un mal banco, comí con apetito, bebí con todos los trabajadores, y como ya era tarde, fui á acostarme alegre y contento sin cuidarme de la fiebre (1).

»Tenía yo entónces una criada excelente (2) que, sin decirme nada, me habia comprado un capon cebado. Cuando al siguiente dia me levanté á la hora de comer, me dijo: «¡Oh! ¡hé aquí al hombre que temía morir ayer! Creo que los puntapiés y puñetazos que nos dió asustaron tanto á la fiebre que no

(1) Muchos ejemplos existen de estas curaciones repentinas causadas por la alegría ó fuerte pasion. Al cónsul Fulvius, dice Plinio el viejo, le curó repentinamente la victoria que alcanzó sobre los Celtas.

(2) Esta criada, llamada Piera, fué más adelante su esposa y tuvo de ella muchos hijos.

se ha atrevido á volver. Sentéme á la mesa con mi buena familia, que habia recobrado la alegría al mismo tiempo que yo y que habia reemplazado con utensilios de barro todos los objetos de estaño que habia arrojado en el horno. Despues de comer me visitaron todos los operarios, confesándome que les habia hecho ver cosas que nunca hubiesen creido posibles, lo cual no dejaba de halagar algo mi vanidad. En seguida saqué la bolsa, les pagué bien y todos marcharon contentos.

»El mayordomo Riccio, enemigo mio, estaba impaciente por saber cómo habian pasado las cosas. Los dos obreros de quienes sospechaba haberme hecho traicion, le dijeron que yo era más que un diablo; porque un diablo solo no hubiese conseguido hacer lo que yo habia hecho. En seguida escribió al Duque, que se encontraba en Pisa, y puso en la carta más aún de lo que le habian referido.

»Dos dias despues, cuando el molde se habia enfriado bien, comencé á descubrirlo poco á poco. Lo primero que ví fué la cabeza de *Medusa* perfectamente fundida, para cuyo efecto sirvieron mucho las ventosas de que habia hablado al Duque. No habia resultado ménos bien la cabeza de *Perseo*, lo cual me sorprendió más, porque el metal habia venido justo para llenarla completamente, considerando yo esto como favor del cielo. A medida que avanzaba, quedaba más satisfecho. Al fin llegué a pié de la pierna derecha, y encontré el talon lleno, cosa que me agradaba por un lado y me disgustaba por otro, porque habia predicho al Duque que no se fundiria bien; pero faltaba algo á los dedos, y esto me satisfizo, pudiendo ya hacerle ver que sabía lo que decia; porque el metal no hubiese llegado jamás hasta aquel pié, y hubiese quedado totalmente falto,

de no haber arrojado en el horno toda mi vajilla de estaño, cosa que nadie había imaginado antes que yo.

»Contento del resultado, marché á Pisa para ponerlo en conocimiento del Duque. Tanto él como la Duquesa me recibieron con suma amabilidad, y aunque el mayordomo les había escrito cuanto había pasado, quisieron oír los detalles de mi propia boca. Lo que más sorprendió al Duque fue ver realizada mi predicción en cuanto al pié derecho de la estatua. Encontrádoslos bien dispuestos en mi favor, les pedí permiso para dar una vuelta por Roma; concediéronmelo, pero haciéndome prometer el Duque que regresaría pronto para dar la última mano á mi *Persico*, y al mismo tiempo me dió cartas de recomendación para su embajador cerca del Papa, que á la sazón era Julio III.

»Después de dar órdenes á los trabajadores de mi taller, marché á Roma, donde ví á Antonio Altoviti, cuyo busto en bronce había hecho para adorno de su gabinete. Debo decir de paso que lo enseñé á Miguel Angel, quien, al verlo, le preguntó por el autor de tan hermosa obra. «Sabed, añadió, que esta cabeza está hecha según la manera antigua, que es la buena, y que si la colocaseis mejor, produciría mayor efecto.» Sabiendo en seguida que había salido de mis manos, me escribió esta carta: «Mi querido Benvenuto: Durante mucho tiempo os he conocido como el mejor platero que teníamos, y hoy es reconocido como el primer escultor. El señor Altoviti me ha enseñado su retrato en bronce, diciéndome que es obra vuestra: mucho lo he admirado, pero lo ha colocado á mala luz, lo que le impide producir el maravilloso efecto de que es capaz.»

»Lisonjeras palabras acompañaban á esta carta, que yo había enseñado al Duque antes de partir,

encargándome éste que, al contestarle, le invitase á volver á Florencia, donde le nombraría uno de los cuarenta y ocho miembros del Consejo, y que haría más aún; pero Miguel Angel no contestó á mi carta, que mostré al Duque antes de remitirla: esto le puso de mal humor contra él.

»Encontrándome en Roma, fui á ver á Altoviti, que me repitió las palabras de Miguel Angel, y en cuya casa tenía yo colocado algún dinero, cuyos intereses me debía, como también el precio del busto; pero cuando tratamos de esto se enfrió conmigo y me dió tan malas razones que me vi obligado á dejarle el dinero en renta vitalicia al quince por ciento, y á perder el precio del busto.

»En seguida fui á besar los pies al Papa, do quien esperaba obtener algún trabajo; pero ya le había prevenido nuestro Embajador. Desde allí marché á casa de Miguel Angel y le repetí los ofrecimientos del Duque que antes le hice en mi carta. Contestóme que estaba empleado en Roma en la fábrica de San Pedro; y como le instaba para que accediese á los deseos del Duque y al amor que se debe á la patria: «¿Estais contento de él? me preguntó.—Mucho, le contesté.» Pero él sabía todo cuanto había sufrido yo, y se negó absolutamente á ponerse á su servicio.

»Victima de la mala fe de los comerciantes en mis relaciones con Altoviti, regresé muy disgustado á Florencia, donde mi primera visita fué para el Duque, que se encontraba en su palacio sobre el puente de los Riformati. Allí encontré á su mayordomo Riccio, y cuando iba á saludarle: «¡Oh! ¡héos aquí de vuelta!» dijo batiendo palmas, y me volvió la espalda. No pude comprender lo que quería decir aquel hombre con tales demostraciones; pero le

dejé marchar, y fui en busca del Duque, que estaba en el jardín. Sorprendido al verme, su recibimiento fué indicarme con una seña que me marchase. Pregunté la razón al señor Sforza, que era íntimo suyo, y me contestó sonriendo con estas palabras: «Benvenuto, tened buena salud y burlaos de los demás.» Sin embargo, pocos días después me consiguió una audiencia. El Duque me recibió con mucha frialdad, y me preguntó qué había hecho en Roma. Habléle de mi asunto con Altoviti, y después de Miguel Angel, de quien le referí una anécdota que había callado hasta entonces. — Monseñor, le dije, cuando propuse á Miguel Angel que viniese á Florencia, le invité á que confiase á su operario Urbino los trabajos que tuviese por concluir; pero éste comenzó á gritar con voz de campesino: «No quiero separarme de mi maestro hasta que me haya desollado ó yo le desuelle á él.» El Duque se echó á reír, diciendo: «¡Puesto que Miguel Angel no quiere venir, tanto peor para él!» Oídas estas palabras me despedí de S. E.»

## XXV.

Después del maravilloso triunfo de Benvenuto, previendo el Duque la guerra con Pisa, quiso utilizar en defensa de la capital á los eminentes artistas que habían contribuido á su decoración, eligiendo á Benvenuto para fortificar las puertas principales de Florencia. Su irascible carácter estuvo otra vez á punto de costarle la vida.

«Mandaba la guardia de la puerta de Prato, dice Benvenuto, un capitán lombardo tan robusto y rudo como vanidoso é ignorante. Preguntóme qué pensa-

ba hacer, y con la mayor cortesía le enseñé el plano. Al verlo, movió la cabeza, volvióse de un lado á otro, agitó las piernas, se retorció el bigote, que era muy largo, y al fin dijo: «¡Lléveme el diablo si entiendo algo de eso!—Si nada entendeis, le contesté volviéndole la espalda, dejadme trabajar.—¡Hola, maestro! ¿acaso tenéis gana de habéroselas conmigo?—Más fácil me sería eso, le contesté encolerizado, que fortificar esta puerta;» y al mismo tiempo pusimos mano á las espadas: pero multitud de honrados florentinos acudieron á separarnos, reconviéndole, porque yo obraba en nombre de Su Excelencia; dejándome desde entonces tranquilo el capitán.

«Cuando terminé el baluarte en la puerta de Prato, fui á la del Arno, donde mandaba un oficial de Cesano, sumamente cortés: parecía una mujer delicada, y era el más valiente del mundo. Tan perfectamente nos llevamos, que mi trabajo resultó mucho mejor hecho en esta puerta que en la otra. Habiendo hecho poco después las gentes de Pedro Strozzi una incursión en el condado de Prato, fué tan grande la alarma, que todos los habitantes cargaban sus muebles en carretas y acudían á la ciudad. Tantas venían, que se tocaban unas á otras; y viendo tanto desorden, advertí á los guardias de la puerta tuviesen cuidado no sucediese como en Turin, donde igual confusión impidió bajar el rastrollo, que quedó levantado sobre las carretas y dió margen á que se perdiese la ciudad. Mis advertencias desagradaron al capitán lombardo, que quiso neciamente comenzar de nuevo la riña; pero otra vez nos separaron, y terminado el baluarte, le abandoné, porque iba á recibir mucho dinero que no esperaba, con el cual podría concluir mi *Perso*.»